

LOS HEROES

DESCONOCIDOS

EN LA CAMPAÑA

LIBERTADORA



Sarg. Mayor (r) LEON JAIME ZAPATA GARCIA

Existe en la Capital de la República un obelisco levantado por la Sociedad de Caridad para el centenario del 20 de julio de 1810, el cual tiene un profundo significado histórico por cuanto simboliza la gratitud de un pueblo al **Soldado Desconocido** y se anticipa unos años al primero que ostentó este nombre erigido por Francia para honrar a sus héroes anónimos de la contienda europea de 1914 a 1918. La Sociedad de Caridad, la Academia Colombiana de Historia y las Fuerzas Militares han sido sus guardianes, contribuyendo con su celo a despertar el cariño de los colombianos por lo que realmente es una joya histórica. Instalada en el Parque de la Independen-

cia, prácticamente desaparecido hoy, fue trasladada a la Avenida de las Américas, entre las carreras 41 y 42 y en esta vía panamericana queda magníficamente ya que el soldado colombiano fue en los días de la independencia un héroe hemisférico.

“LEGION SIN NOMBRE, SANGRE DE LA REPUBLICA”, reza una de las inscripciones de la augusta columna. Frase hermosa, leyenda expresiva de autor desconocido grabada por un cincel anónimo, sus siete palabras suenan en nuestros oídos cual clarines apocalípticos. Ellas concretizan el esfuerzo del pueblo; la lucha ardorosa del Ejército; las hazañas y las derro-

tas; los padecimientos de la campaña y los laureles de la victoria. En las festividades sesquicentenarias, como en los festejos patrios de todos los años, las Fuerzas Militares han rendido férvido homenaje al auténtico héroe nacional; al virtuoso pueblo colombiano de cuyo vientre han salido miriadas de valientes en procura de bellos ideales y en defensa de los derechos inalienables de la persona humana. Su origen parte de la profunda noche de los siglos en fusión de razas y toma su fisonomía peculiar cuando en cruce maravilloso el ibero, el indio y el negro se unen para producir el tipo colombiano, sin renunciar en muchos casos a sus características étnicas o mezclando amorosamente su sangre. Es así como genes inúmeros confluyen en los defectos y virtudes -preponderantemente elocuentes las últimas- del hombre nuestro. De las tribus aborígenes viene su amor a la independencia, pues, bien conocemos que muchas de ellas casi desaparecieron luchando contra los conquistadores y de algunas sabemos que prefirieron arrojarse a horribles precipicios antes que doblar la cerviz ante el hombre blanco. De los españoles toma otro tanto en astucia, valor y espíritu independiente rubricado con siglos de intensa lucha contra los moros. La franqueza, la altivez y la malicia unidas al medio ambiente produjeron un hombre recio aunque pacífico, valiente aunque modesto; pobre de bienes materiales e inmensamente rico en cualidades personales y virtudes cívicas. Signado con la fe del

carbonero y furiosamente unido a la tierra que le vió nacer, el poder virreinal con todos los achaques y crueldades del medioevo no pudo acostumbrarle a vestir las cadenas de la esclavitud. Aparentemente débil, ora quemado por el sol de los llanos o por el reverberante de los cauces bajos de nuestros ríos, o bien con los frescos colores del habitante de las tierras altas, fue tomando aire en sus pulmones, recogiendo y tensando los músculos, empezó a hacer crujir las ferradas ataduras. ¡Y un trueno de gargantas sedientas de libertad sacudió la tierra comunera! De todos los sitios de la abrupta serranía fluye el hombre levantando sus quejas en bandera. Es una torrentera de almas que pide lo que el gobernante siempre debe dar y el súbdito disfrutar: ¡Justicia! ¡Justicia!. Justicia para el dueño de la tierra americana. Y fue tan noble su rebeldía como ingenuo su corazón, que ante aparentes razones y taimado proceder, volvióse de Zipaquirá al marco de su horizonte familiar en donde a poco tiempo sintió cómo los goznes de la opresión se ajustaban más duramente mientras los más visibles dirigentes caían fulminados por el verdugo oficial.

Y adviene una calma tensa, un período de incubación, de maduración y de meditación, con significativos preludios, hasta que el 20 de julio de 1810 nuevamente el río contenido vuelca sus represas e inundando calles, poblados, valles y montañas agrieta definitivamente el andamiaje colonial. Se inicia ahora sí la lucha, el sufrí-

miento, el duro batallar. Ahí va el pueblo; ahí van los héroes de todos los tiempos animando a sus jefes, llevándolos a la victoria sobre sus espaldas hercúleas o acompañándoles en la derrota con el tributo de su sangre por caminos sembrados de cadáveres que brillan como luceros en la alborada de la libertad. Y a este despertar consciente sucede una noche de pavor, de grillos, de horca y de fusiles. La picota es entonces, como casi siempre, el trono de los invencibles, pues, si bien es cierto que acaba con sus vidas no menos lo es que su corazón sigue latiendo en el pecho de sus compatriotas mientras sus ojos alumbran el sendero de la noble causa.

Vayamos con ellos al Sur trasmontando cordilleras; sigamos sus huellas de gloria hacia Venezuela y tornemos con ellos derrotados a través de altas cumbres y ardientes llanuras para acompañarlos en la heroica Cartagena, sitiados e indefensos, muriendo de hambre o escapando del asedio con la antorcha de la libertad entre sus brazos. Sigámosles en su desesperada defensa de la tierra granadina en Cúcuta, Cachirí y la región cundiboyacense; en su viaje hacia Popayán, estrechamente unidos al gobierno que abandonaba la capital de la balbuente y casi náufraga república; en su marcha apresurada a los Llanos dejando, muy a su pesar, la imagen de la Virgen chiquinquireña, su amadísima patrona, la que habían traído para que los salvara de la dispersión y el aniquilamiento, como otras veces los había librado de la peste.

Por todos esos caminos de insuperable esfuerzo, de padecimientos sin fin, transitaron los héroes sin nombre. En todas las veredas de Colombia dejaron la huella de su patriotismo. Ahora están en los Llanos; no son muchos; apenas un puñado de hombres de acero que se iba engrosando con quienes, escapando del patíbulo, buscaban la forma de integrarse a las huestes republicanas. Reunidos bajo la luz indeficiente del Genio de América y de los ilustres jefes, confundidos con los temibles llaneros templaron su personalidad en recia batalla con el medio circundante, montando potros salvajes, venciendo ríos inmensos, compartiendo la selva con las fieras y las intolerables plagas aladas, uniendo la fiebre de la libertad con el febril paludismo por allan andan los aventureros de la gloria; los hijos del trueno; los de pies como gigantes mitológicos y puños como yunques, acosando al enemigo, hiriéndolo, venciénolo. Son seres arrancados a épicas leyendas que forman un cuerpo sui géneris **hombre-lanza-cabalgadura** que no teme a la muerte como quedó demostrado en la carga huracanada de las Queseras del Medio.

Asistamos ahora a la reunión en la desolada aldea de Los Setenta. Habla el sol de América y escuchan los Pares de la Libertad; ¡A la Nueva Granada! Es la consigna. Y el Ejército se mueve; la selva cruje, tiembla la tierra con las pisadas de los caballos, los ríos parece que se abrieran para no entorpecer su marcha, los padecimientos antes que amilanarlos los acrecen;

y llegan a Arauca y siguen a Tame. Aquí otro cuerpo del Ejército esperando con buenas provisiones, comandado por el organizador de la victoria; un descanso y nuevamente la marcha, siempre hacia adelante, hacia la libertad; atrás quedaron Barinas y Apure, el majestuoso Orinoco y el Arauca familiar. Se han detenido momentáneamente donde la topografía traza una frontera entre el llano y la cordillera: los hombres de la vanguardia granadina, después de muchos días de ansiedad van a estar nuevamente en su elemento, a respirar el aire de las cordilleras dispuestos a triunfar o a morir cabe su seno; con ellos los bravos hijos del Llano, enseñados a movilizarse sobre el lomo de los potros con la misma soltura que los vendavales sobre la inmensidad de las estepas. Nunca antes habían abandonado su horizonte de atardeceres purpurinos y noches de tormenta y de misterio pero era necesario vencer la cordillera, trepar sobre su dorso para acometer al enemigo y destruirle cueste lo que costare. A su lado los ingleses, los de ojos azules como el cielo y el mar de Irlanda; han cambiado el paisaje gratisimo de su patria por el agreste trópico y no retroceden ante ninguna desafiante o adversa contingencia, siempre ansiosos de aventuras pues por esta época sus coterráneos exploraban y conquistaban lejanas tierras africanas.

Y parte la tropa audaz hacia la cima andina y en un leve descanso de la cordillera obtiene su primera victoria: Paya es como un refrigerio para los

combatientes que desde hacía días no habían ejercitado su virtud guerrera; y sigue el avance. Cuanto más se asciende más duro cobra la montaña la osadía de los galanteadores de la muerte, las bestias no pueden escalar el fuerte sendero, el ganado se hace cada vez más escaso y los héroes, la masa, el pueblo sin galones ni presillas, el que nunca figura en los escalafones va careciendo cada vez más de vituallas y vestidos. En la llanura un cuero crudo era traje habitual pero en las heladas cumbres ningún ropaje es suficiente para cubrir el cuerpo de los hombres de tierra caliente y... no lo había; ni aún en mínima cantidad. Pero la consigna era seguir. Al fin el Páramo de Pisba sacudiendo su brumosa cabellera de mortales ventiscas, más furioso que todo el ejército del rey, se ensañó inmisericorde en la desguarnecida humanidad de los soldados y en las cabalgaduras que habían logrado hollar su suelo. Sin embargo ya están sobre la cúspide, ya la han conquistado no obstante el alto precio de energías y de vidas.

¡Pisba! 1º al 6 de julio, calvario del Ejército Libertador y aurora de la libertad grancolombiana: con la afelpada vegetación de los frailejones amortajaste a los bravos paladines; sobre tu helado y pétreo costillar quedaron muchos nobles cuerpos, inanimados, mirando al cielo, como confirmación de lo que vale para el hombre su independencia. Sus almas alentaron a jefes y compañeros en las jornadas siguientes. Y como augurio feliz

de la providencia, una mujer dio a luz sobre el gélido lecho. Donde el corazón de muchos soldados había dejado de latir una nueva vida acaba de nacer; la apadrinó el ejército y como ignorados héroes madre e hijo ocultaron sus nombres para la eternidad.

Viene el descenso y nuestros soldados, primero lentamente, más veloces después a medida que aumentan la distancia de las crestas andinas y se acercan a las poblaciones donde son recibidos alborosadamente, vánse tornando en huracán incontenible. Las provisiones, el descanso, el cariño de su pueblo y el refuerzo de sus filas curan rápidamente el sufrimiento de la larga travesía. Socotá, Socha y Tasco, pueblos ignotos con alma de oro; pueblos heroicos de corazón diamantino: Colombia os saluda agradecida. Vuestros habitantes tampoco figuran en la lista de los célebres pero gracias a ellos pudo sobrevivir todo el ejército. También este monumento canta vuestro heroísmo, humilde como las blancas alpargatas que protegieron los pies de los soldados, fuerte como las lanzas de albarico que tantas vidas habían arrebatado al enemigo, candoroso, delicado y bello como las violetas campesinas. Gracias a todas vuestras gentes pudieron librarse los sangrientos encuentros de Gámeza que dejaron expedito el camino para las posteriores acciones precedidas de luctuosa tristeza por la muerte de los mártires alanceados con inaudita severidad para provocar con ello los ins-

tintos irracionales de los ejecutores. Doble baldón para los asesinos al segar la vida de la valiente mujer que con los puños crispados se abalanzó hacia ellos para increparles el negro e inaudito crimen.

25 de julio ¡Pantano de Vargas! Primera grande acción entre los dos ejércitos, sangrienta y terrible, de faz cambiante y veleidosa suerte, al fin favorable para las armas republicanas tras la arremetida escalofriante de los 14 descamisados que al mando de un jefe-relámpago, convertidos en igneos centauros, envolvieron en violento tornado la brillante fuerza realista. La noche de aquel día fue el velo mortuario para los cadáveres esparcidos en los cerros y el pantano. ¡Salve héroes anónimos del inmortal combate! Con vuestro sacrificio abristeis la ruta de la batalla del Puente sobre el inofensivo y musical Teatinos. Para entonces, como antes y después, no estábais solos. Veamos: en la Provincia del Socorro los guerrilleros (y cabe preguntar ¿qué santandereano no militó en las guerrillas?) están en movimiento. La ira incontenible se apodera del pueblo comunero por el fusilamiento de la heroína el 28 de julio, en el Socorro. Charalá es el sitio de reunión y a ella van llegando de todas las vertientes hombres y mujeres dispuestos a cobrar caro la vida de la hermosa capitana. El 3 de agosto se inicia un combate de características singulares en la ciudad del mártir que había dicho: "Ni un solo paso atrás, siempre adelante y lo que ha de ser, ¡Que sea!". Un ejército

aguerrido y bien armado al mando de un jefe sanguinario arremete contra una montonera de esforzados patriotas que luchan solo con armas blancas, garrotes, piedras y a puño limpio. Tres días resiste la ciudad con coraje indescriptible hasta que al fin el enemigo entra en ella e inicia terrible masacre. Relata la historia que más de quinientas personas, en su mayoría mujeres y niños, fue el saldo trágico de tan horrenda venganza. Quienes allí lucharon y murieron prestaron el más valioso servicio al ejército libertador al impedir a los realistas engrosar los efectivos enemigos en Boyacá, contribuyendo con su sacrificio a la victoria.

¡Puente de Boyacá! Paso de la esclavitud a la victoria. Excelsa demostración de un pueblo que padeció y luchó sin desmayo, sin claudicaciones, hasta obtener el triunfo más resonante en los nueve años de guerra. Después de esta batalla van los héroes a otras regiones cosechando triunfos y edificando el grupo de las bolivarianas.

Lo anterior es apenas una ligera relación de la trayectoria de nuestros héroes ignotos, de nuestro soldado desconocido de la empresa libertadora. Del silencioso heroísmo de la mujer que entregó sus hijos al ejército, que vió partir a su esposo, a su hermano o a su amante hacia el combate, tal vez para siempre o que empuñando también rústicas armas coadyuvó a la "Magna epopeya triunfal". Estas heroínas según la afortunada expresión del Genio son "dignas de la admiración del universo y de la adoración de los Libertadores de Colombia".

No sería justo que cerráramos esta página sin rendir un merecido homenaje al soldado español (y criollo al servicio del rey), pues también estuvo el ejército realista constituido por seres sin rango y sin historia individual y a todo lo largo y ancho de las naciones liberadas, los nuestros se hallaron siempre frente a hombres de un gran valor y disciplina. Los que murieron rindieron su vida heroicamente en defensa de postulados no menos legítimos, para el combatiente raso no siempre claros, actitud normal que refleja muy bien un escritor español cuando afirma: "Siente y ama la patria el soldado que muere por ella aunque no sepa definirla". Ellos también ofrendaron su preciosa existencia en aras del más sagrado de los deberes ciudadanos: el amor a la patria.

A estos héroes ignotos de Colombia que "a la sombra de la enseña de la libertad laboraron por la patria" como dice otra leyenda del austero monumento, las Fuerzas Militares, la Academia Colombiana de Historia, la Sociedad de Caridad y todo el pueblo les rendirán siempre el cálido tributo de su admiración y gratitud. Su sacrificio es el fundamento de la nacionalidad.

Los soldados de la hermosa Colombia actual han recibido una herencia gloriosa que de generación en generación llegó hasta sus manos y la han hecho fructificar. La patria está orgullosa de ellos ¡Nobles descendientes de los Héroes Ignotos".